

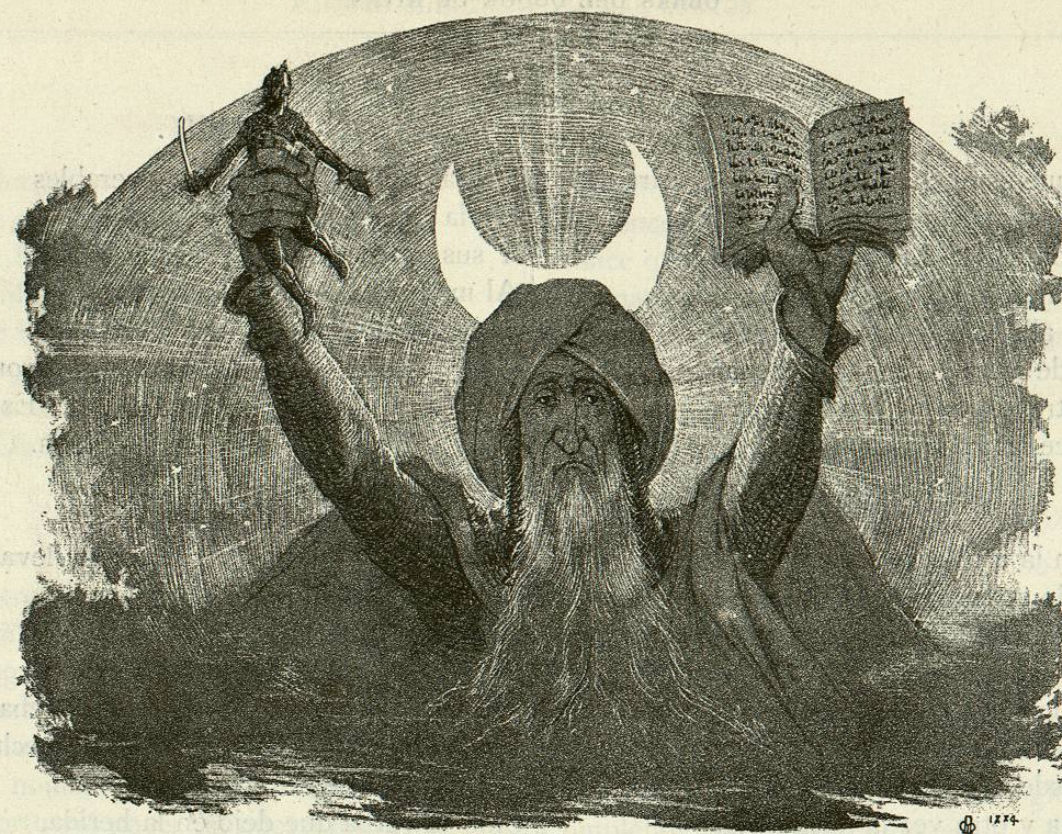
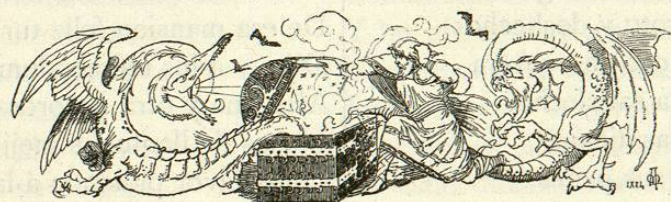
LXXV

Rodrigo, el infeliz que abrir no osa
Los lábios de terror, y que en horrendo
Secreto guardará la temerosa
Vision, de que turbado viene huyendo;
Ni sabrá cuál la vega es deliciosa,
Que su amada Florinda ha estado viendo;
Que el temor de aumentar su mutua pena,
A silencio azaroso los condena.

LXXVI

Abrázanse gimiendo, y fugitiva
El aura compadece sus dolores:
La selva los contempla compasiva,
Y sin piedad los astros brilladores;
Mientras cruel de su esplendor los priva
La luna, que nacer vió sus amores,
Pues ¡funesto presagio! el rostro oculta
En negra nube, que el terror abulta.

Londres, 1834



CANTO TERCERO
LA VENGANZA

I

Viento setentrional sopla, y gallardo,
Aunque crespes del mar las turbias ondas,
El seno abulta de las lonas pardo,
Sin que la tierra nebuloso escondas.
No te demuestres á mi anhelo tardo,
Que á mis ruegos es justo correspondas,
Pues cantando el rigor de mi fortuna,
En Albion te adormecí en tu cuna.

II

Sí, ya á mis ojos férvido horizonte,
Entre celajes de risueña grana,
Cumbres azules de lejano monte
Muestra al primer albor de la mañana.
Terreno es español!... Alma, disponte,
Disponte á recibir el premio ufana
De tu constancia y padecer, gozando
De amor y de amistad el beso blando.

III

Salve, costas amadas. — ¡Desdichado!...
¡Miserio yo, que en ilusion perdido,
Pude un momento la crueldad del hado
Dar, y mi suerte bárbara al olvido!
¡Ay! el tiempo dichoso aún no es llegado.
Una tremenda voz hiera mi oído,
Voz de infortunio, de despecho y muerte:
¡Oh cuán terrible es la sañuda suerte!

IV

Siniestra voz con temeroso acento,
«Huye, infelice, desde allí me grita,
Que á ver tu patria por mayor tormento
Tu destino cruel te precipita:
Mas no la pisarás, el raudo viento
Que hincha tus lonas y la mar agita,
Te arrebató ¡infeliz! á otras arenas,
En donde arrastres tu destierro y penas.» —

V

¿Dó volveré los ojos? Tú, desnudo
Avila de verdor; tú, cuya frente
De ásperas rocas Hércules membrudo
Alzó, abriendo camino al mar rugiente,
Permite á un desdichado, á quien sañudo
Destino acosa, la angustiada mente
Y la vista tender, para consuelo,
Por tu gran mole que se eleva al cielo (2).

VI

Mas, ¡oh prodigio!.. ¿á quién allá en tu cumbre,
Cual fantasma de muerte, alzarse veo,
Y de sus ojos la tartárea lumbre
Sobrepujar el resplandor febeo,
Como en noche fatal la muchedumbre
De estrellas vence, ardiendo en su apogeo,
Sobre las rotas nubes desiguales,
El sangriento Orion, nuncio de males?

VII

¡Ay, que es el conde Don Julian! Airados
El viento y mar, de la tartesia arena
A los montes del Africa abrasados,
Le condujeron á llorar su pena;
Y desde allí con ojos inflamados,
Y alma de anhelo vengativa llena,
Mira al través de las cerúleas olas,
Y maldice las costas españolas.

VIII

Allí en la cumbre de los riscos yerta,
Su alarido atronando la montaña,
De aquella playa bárbara y desierta
Las sierpes, con pavor, tiemblan su saña;
Y allí le mira el sol, cuando despierta,
Y allí, cuando de luz los orbes baña,
Y allí desde el ocaso al fin del día,
Y allí una y otra vez la noche fría.

IX

Allí también le encuentra un mensajero,
Que en pequeño batel de alado pino,
Desde España, cortando el golfo fiero,
Con carta y órden de Don Opas vino;
Del vil Don Opas, que logró mañero
Saber do el conde gime peregrino;
Y en carta astuta de este modo escrita,
A la venganza y la traicion le incita:

X

«Del africa arenosa las regiones
De gloria inundan, y de honor sedientas,
Nuevas valerosísimas naciones;
¿Y tú su vecindad por nada cuentas?
¿No ves que serán tuyos sus pendones,
Si á su ambicion y arrojo representas,
Cuán cerca les ofrece la fortuna
A España rica y sin defensa alguna?»

XI

»Marcha en su busca, su valor enciende,
A su cabeza ponte, y sin tardanza
El corto espacio de los mares hiende,
Y á las béticas playas te abalanza.
Harto te digo: de tu mano pende
O restaurar tu nombre ó la venganza
Tener, que tu manchada gloria exige,
O morir en la afrenta: conde, elige...»

XII

Más no leyó: las canas venerables
De la rugosa frente se erizaron,
Y sus ojos, con fuego formidables,
Al mensajero infame fulminaron;
Y asordando los piélagos instables
Con voces, que cual trueno retumbaron,
«¡Yo á mi patria traidor! yo contra España!!!»
Dijo, y huyó por la áspera montaña.

XIII

Mas ¡ay! vano es huir: consigo lleva
El consejo fatal, y allá en su pecho
El oculto veneno entró y se ceba,
Y ya en su corazon el daño ha hecho.
Así en vano á escapar el ciervo prueba
Del dardo que el costado le ha deshecho;
Que no ya el dardo cortará su vida,
Sino la yerba que dejó en la herida.

XIV

Conócelo el astuto mensajero,
Sagaz cual su señor, y al conde airado
No intenta perseguir, antes ligero
Torna á surcar el piélagos salado:
Tal diestro agricultor con cierto agüero,
Cuando en terreno fértil ha sembrado,
Ya no se afana más, porque el tributo
Sabe que le ha de dar la tierra en fruto.

XV

Solo el conde en el áspero desierto,
Vuelve á mirar la seductora carta,
Y nuevo horror le inspira y desconcierto,
Y otra vez de ella el pensamiento aparta:
Que jamás corazon de honor cubierto,
Aunque la patria lo destroce y parta
Con vil persecucion y ofensa grave,
Hacerla presa de extranjeros sabe.

XVI

Tal crimen es, que de pensarlo, el conde,
Aunque irritado, tiembla; y en su pecho
A Opas maldice, y al papel en donde
Ofrece tal venganza á su despecho.
Mas de virtud humana ¿quién responde,
Cuando en horrenda tempestad deshecho
El huracan de las pasiones ruge,
Y audaz la embiste con furioso empuje?

XVII

Casi cien giros completado habia
La tierra en derredor del sol ardiente,
Desde la fuga y el famoso día
En que Mahoma trastornó el oriente (3);
Y en que hermanando astucia y osadía,
Alzó arrogante la soberbia frente,
Cual hombre celestial, y cual profeta,
Que de Dios los decretos interpreta.

XVIII

Obediencia, y amor, y ciego culto
Halló entre gentes rudas, que pensaron
Que el mismo Dios en él hablaba oculto,
Y sus dogmas y leyes abrazaron;
Y cundiendo en los pueblos el tumulto,
Que las nuevas doctrinas motivaron,
Llenó su nombre y gloria el hemisferio,
Que absorto vió nacer un nuevo imperio.

XIX

Un nuevo imperio, que cual suele acaso
Rauda torrente en turbio remolino,
Rompiendo el dique, por el campo raso
Extender bramador su ancho camino;
O como en el desierto tiende el paso
Sobre la llana arena el torbellino;
Nació, creció, elevóse, y furibundo
Combatió al cielo, estremeciendo al mundo.

XX

Pues Mahoma exaltando las pasiones
De las gentes del Sur, y en fanatismo
Abrasando encendidos corazones,
Hizo temblar al firmamento mismo:
Tornó tímidos ciervos en leones,
Inflamó astuto en bélico heroismo
Pueblos supersticiosos, y con ellos
De altas naciones oprimió los cuellos.

XXI

¡Tanto puede el saber ó la fortuna
De un hombre solo!... y tanto, que aún enciende
Su excelso influjo sin mudanza alguna
En la estirpe feliz que de él descende.
Así el imperio de la media luna,
Muerto Mahoma, en nueva gloria esplende,
Y ven del islamismo las falanges
El fértil Nilo y opulento Ganges.

XXII

Muza conduce al último occidente
Sus vencedoras huestes y pendones,
Y hace que postren al Coran la frente
Garamantas y etiópicas naciones,
Y el pardo Bereber y el Libio ardiente;
Y cubre con invictos escuadrones
La Tingitania y la Numidia, y huella
Las costas, do el Atlántico se estrella.

XXIII

Costas, cuya conquista (ya mirando
La Africa toda á su poder sujeta,
Y sometida del Califa al mando,
Y al culto y á la ley del gran Profeta)
A su hijo Abdalazís encarga, ansiando
Con paterna aficion justa y discreta,
Que se ensaye en la lid, y adquiera gloria,
Completando su acero la victoria.

XXIV

Así Getulia por sus montes mira
Rey de las selvas al leon sañudo,
Después que destrozado, ardiendo en ira,
Ganados, perros y pastores pudo;
Cuál de la lid sangriento se retira,
Y á sus cachorros con rugido agudo
Incita á que en los restos fuerzas prueben,
Y en la matanza y destruccion se ceben.

XXV

Jóven Abdalazís, y aleccionado
Del padre triunfador en la alta escuela,
De fortuna y valor acompañado,
Al ensayo feliz ansioso vuela;
Y cual rayo en las nubes engendrado,
Corre, llega, combate, vence, asuela;
Y ornado de laurel, de gloria lleno,
Torna al abrigo del paterno seno.

XXVI

Con lágrimas de gozo el padre anciano
Al jóven vencedor los brazos tiende,
Y gracias rinde al cielo soberano,
Que en hijo tal su noble sangre enciende;
Y por festejo del valor temprano
Que en el mancebo triunfador esplende,
Y de ver completada la conquista,
Fiestas y juegos bélicos alista.

XXVII

No léjos de la playa, en que las olas
Del paso hercúleo brillan, y do enfrente
De las cercanas playas españolas
Avila se avvicina al sol ardiente,
Bajo la insignia de las crespas colas
Júntase ufana la guerrera gente,
Que de Mahoma sigue los pendones,
Humillando al Coran tantas naciones.

XXVIII

Y con ellos los pueblos africanos,
Descendencia de Agar, llegan ansiosos,
Ya humildes á los ritos mahometanos,
A presenciar los juegos suntuosos,
Que en unos valles y apacibles llanos,
De palmas y naranjos olorosos
Ornados en reedor, el sarraceno
Va á celebrar, de sus conquistas lleno.

XXIX

Preside el campo Muza, coronado
De los rayos espléndidos de gloria,
Que á su cabello venerable han dado
La constante fortuna y la victoria;
Y en segundo lugar (si lo es su lado)
Brillan, dignos tambien de alta memoria,
Los otros adalides, campeones,
Honor de los lunados escuadrones.

XXX

A contender los premios se presenta
La flor del Asia y Africa, gallarda
Lozana juventud de honra sedienta,
Y á quien tan alta gloria el cielo guarda.
Cuál en potro feróz, que fuego alienta
La carrera del viento juzga tarda,
Y cuál ostenta luchador robusto
Fuerzas, que al mismo Alcides dieran susto.

XXXI

Quién disputa el acierto en la saeta,
Los golpes quién de poderosa maza,
Este al toro feroz postra y sujeta,
Aquel al bravo tigre despedaza:
Otros con ágil pié tocan la meta,
Y todos muestran en la extensa plaza
Fuerzas, y robustez, y valentía,
Destreza, emulacion, alta osadía.

XXXII

Allí, excelso Tarif, la gruesa lanza
Tu brazo triunfador vibró membrudo,
Y tanto trecho rehilando alcanza,
Que do llegó, ninguna llegar pudo,
Y allí con harto orgullo y confianza
Tu cuerpo colosal muestras desnudo,
Oh Zegrí, que desprecias arrogante
De Abencerraj los miembros de gigante.

XXXIII

A ambos en espantosa lucha mira
Desde zenit el sol, y ambos deshechos
Ardeis sañudos en rencor y en ira,
Y en fuertes lazos os teneis estrechos.
El odio innato, que bramando gira
Por vuestras venas y encendidos pechos,
Tal fuerza os da, que iguales en la gloria,
No queda por ninguno la victoria.

XXXIV

Ya los astros os tienen destinada
Generacion, do se conserve y crezca
Esa rivalidad envenenada
Tanto, que envidia su heredad parezca;
Y un tiempo ha de llegar en que Granada
De vuestros nietos al furor perezca,
Cuando discordia atroz así los ciegue,
Que vuestra sangre sus palacios riegue (4).

XXXV

Tambien tú, Abhen-Halí, jóven lozano,
De alfanje damasquino haciendo prueba,
Revuelves el corcel con blanda mano,
Llamando la atencion tu gloria nueva.
¡Ay! que víctima á ser de amor insano
Tu destino cruel te arrastra y lleva
A Córdoba famosa, do tu suerte
Será amar, tener celos, darte muerte.

XXXVI

Sí, yo mismo en el muro derruido
De aquella insigne Córdoba, do el cielo
Me dió el nacer, y que jamás olvido,
He visto las señales de tu duelo.
Aún de tu ingrata Zaida allí esculpido,
Sin que lo ultraje de la edad el vuelo,
Vive el nombre, que trémulo escribiste
Con la daga, que en tí despues hundiste.

XXXVII

Lo he visto, y no sin lágrimas: el pardo
Musgo las letras casi borra, y crece
De hiedra y zarza matorral bastardo,
Que de aquel sitio el defensor parece.
Alza la crencha solitario cardo
Sobre tu ignota tumba, y resplandece
En las piedras tu sangre, mancha oscura,
Que allí á despecho de los tiempos dura.

XXXVIII

¡Cuántas veces tu historia dolorosa,
Infante tierno, me acalló en la cuna!
¡Cuántas despues, ya jóven, con medrosa
Planta, al reflejo de la opaca luna
Visité aquel lugar, donde reposa
Tu ceniza infeliz!... Y aún noche alguna
Mi mente oyó gemidos aterrada,
Y creyó ver vagar tu sombra helada (5).

XXXIX

Quince veces el astro refulgente,
Centro del mundo y causador del día,
La vega iluminó, donde eminente
El valor musulman resplandecia;
Y ya alzando la voz y la alta mente
Hafiz, el noble vate, en quien ardía
La llama celestial, con sacro verso
Cantaba tanta hazaña al Universo.

XL

Cuando el conde infeliz encaminado
Del gran rumor y estruendos militares,
Solo se acerca á la llanura armado,
Por desusadas sendas y ramblares:
Llega, y la inmensa multitud pasmado,
Oculto en los cercanos olivares,
Contempla; y su designio atroz le espanta,
Y aún indeciso suspendió la planta.

XLI

Lanzando empero un hórrido alarido,
Cual espíritu réprobo, que mira
Que ha para siempre la mansion perdido
De la misericordia, ardiendo en ira
Prosigue, de los astros compelido;
Entre la muchedumbre mudo gira,
Y en medio de la liza se presenta,
La vista universal teniendo atenta.

TOMO I

XLII

Su deslustrado peto opaca lumbre
Lanza, como siniestro meteoro,
Que del cóncavo cielo en la alta cumbre
Arde de los planetas entre el coro.
De sus áridos ojos la vislumbre
Brilla, y la faz, que moja escaso lloro,
Como fuego infernal: barba y cabello
El seno escarcha, y emblanquece el cuello.

XLIII

Suspéndese el concurso inmenso, y mudo
Su extraño aspecto admira y continente.
El con la espada bate el ancho escudo,
Y tiembla y calla sin alzar la frente;
Cuando de pronto encárase sañudo
Al asiento de Muza preeminente,
Y en ronca voz, que ensordecir pudiera
Al huracan, habló de esta manera:

XLIV

«Egregio capitán, claros varones
Dignos de dominar toda la tierra:
Nuevas valerosísimas naciones,
Cuyo poder al Universo aterra;
¿En inútiles pruebas, y en funciones
Desperdiciáis el tiempo, que á la guerra
Debierais consagrar y á la victoria,
Y á completar vuestra naciente gloria?»

XLV

»¿Pensais que los destinos esplendentes,
Que os guarda el cielo en inmutable arcano,
Llenos están, cuando aún existen gentes,
No domadas al yugo mahometano?
¿Vuestros invictos ánimos valientes,
Cabén sólo en el ámbito africano,
Y ese vuestro denuedo sin segundo,
Que caber no pudiera en todo el mundo?»

XLVI

»Volad á donde os llama la fortuna,
No sea término el mar á vuestra saña,
Y el pendon victorioso de la luna
Amague á Europa, combatiendo á España.
Vecina, rica, sin defensa alguna
Se os ofrece; la luz del sol no baña
Ni mejor parte tiene el orbe todo:
Venid, arrebatadla al débil godo.»